

He aquí dos muestras ejemplares de médicos humanistas, que armonizan , según se extrae de sus respectivas narraciones, el legado humanista de Platón, el de seres inteligentes encaminados a buscar y atesorar de modo creciente conocimiento, bondad, belleza y libertad.

Córdoba 17 de Julio 2003

Dr. P. Montilla López

Departamento de Bioquímica y Biología Molecular
Universidad de Córdoba. Córdoba (España)

Ibn Halut de Córdoba, Apóstata del verbo

Roger Ruiz Moral

*Para Mercedes,
que, aunque todavía no sabe leer
las palabras y desconoce muchas de ellas,
sabe casi todo sobre cómo comunicarse.*

¡¡Bien sé que herido de muerte
estoy, porque no pronuncia
voz la lengua, cuyo aliento
no sea una espada aguda!!

Pedro Calderón de la Barca
"El Príncipe Constante"

La historia que aquí os cuento sucedió hace mucho, mucho tiempo. Sus escenarios son variados pero sobre todo una ciudad en el extremo occidental de Europa llamada Córdoba, donde se desarrolló una cultura de extraordinario esplendor, y otra en el desierto conocida por Marraquech que surgía cuando la primera declinaba... De Córdoba salió nuestro personaje, **Ibn Halut**, en el año 1085 d.C./477 H.

Pero, ¿qué podría deciros ahora de Ibn Halut que no desvele su misterio demasiado pronto?. Los historiadores siempre desdeñaron periodos, hechos, personajes y obras si éstas no se adaptaban a sus concepciones y explicaciones. Han interpretado con rica verborrea y profusos argumentos contaminados sin remisión por las

circunstancias y mentalidades de sus épocas. Al principio, sin embargo, sólo unos pocos reconocieron esta limitación de la historia que poco a poco se vislumbraría insalvable. Ahora, el que se atreve como yo a acercarse al pasado lo hace con la humildad y el candor que encierra la fabulación y con la ilusión y la pretensión de que en la intimidad del que la recibe, este escrito estimule su imaginación y contribuya a su felicidad. La época de taifas que siguió al desmoronamiento del Califato de Córdoba ha sido un buen ejemplo del desdén de los historiadores que, en el mejor de los casos, casi siempre la interpretaron en términos de fenómenos culturales europeos coetáneos como el feudalismo. Ibn Halut fue así un personaje entendido a medias, paradójico, incongruente, misterioso la mayor parte de las veces, por todo esto, de dudosa importancia, difícil de localizarlo en las crónicas denominadas "serias" o "fiables". En un rastreo por las escasas referencias históricas que nos llevan hasta él, destaca la importancia que le dedica un archivero de biblioteca, José Antonio Conde, el cual en su obra *"Historia de la dominación de los árabes en España"* (Madrid 1820-1) presenta a Ibn-Halut como un personaje excepcional cuyo peso e influencia histórica se encarga de resaltar en todos los campos que cultivó. Reinhart Dozy, sin embargo, el hugonote revisionista del legado histórico musulmán, contribuyó al olvido del anterior autor con una nueva visión de los hechos que fue aceptada por la oficialidad "por su rigurosidad y fundamentación". En su *"Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides"* (Paris 1881) lo equipara a absurdos personajes anecdóticos. Tanto para él como

para otro oficialista posterior, Claudio Sánchez Albornoz (*"Historia de la España Musulmana"*, Madrid 1980) su importancia disminuye en base a la ausencia de obras ciertas, y apenas lo reconocen como el sabio ilustrado que aparece de forma indirecta en las fuentes de sus propios paisanos, el judío Ben Maimon y el árabe Ibn Rusd¹, o incluso en las del monje de Aquinas. En algunos comentarios de estos autores su aportación a la introducción del pensamiento racional en la Europa del medioevo no parece dejar, sin embargo, lugar a dudas. *"Individuo de delicadeza extrema, hábil conversador, sutil en sus modales demasiado elevados, elegante y atento en sus formas y costumbres con los poderosos y con los miserables"*, dice de él complacientemente Titus Burckardt en su *"Die Maurische Kultur in Spanien"*. (München 1970), evitando la polémica de más arriesgadas conjeturas. El cronista cordobés Porcuna Castro también resaltó en él al cortesano sublime y sofisticado, auténtico heredero inmediato de Ziryab con el que la vida mundana de la Córdoba musulmana alcanzó un refinamiento desconcertante, pero a su obra le faltó la valentía y la firmeza que caracteriza a los autores que no superan nunca las fronteras del localismo. Ambas visiones responden, sin embargo, a los clisés existentes sobre la civilización Omeya de Al-Andalus. Los datos sobre su peregrinaje a Marraquech y su posterior mutismo creativo parece que fue lo que le mereció casi el olvido. En lo que la mayoría de las fuentes están de acuerdo es en identificar a Ibn Halut como el abanderado de una

¹ Maimónides y Averroes (Nota del Editor)

cultura erudita y refinada que consciente de sus logros y poseedores de una idea de progreso sólo reconocida seis siglos después en Europa decide, ante la debilidad de unos reinos todavía tolerantes pero con la amenaza, ya muy fundada, del peligroso resurgimiento de una nueva casta de monjes guerreros entregados a la guerra santa: los Al-Murabitum², acudir a visitar al nuevo caudillo en su propia capital, Marraquech, antes de que este definitivamente se adueñase de Al-Andalus. El mensaje de esta embajada habría sido el convencer a Yusuf Ibn Tasufin de las bondades de la tolerancia entre los hombres mediante el uso del diálogo y la razón como creían haber demostrado estos intelectuales durante el Califato Omeya de Córdoba. Está bien documentada la existencia de este viaje (Conde, Dozy, Sánchez Albornoz), la permanencia de Ibn Halut y su embajada en Marraquech y el fracaso de la misma. No se sabe si el encuentro tuvo lugar, pero de haberlo tenido, no tuvo efecto ya que en los años siguientes también se encuentra registrada la entrada de Yusuf en la península, primero para ayudar a las taifas en su lucha contra el rey cristiano Alfonso VI, al que vencieron en Zalaca y después para apoderarse de ellas a sangre y fuego imponiendo la rigurosidad de una ley coránica hasta entonces desconocida. Y aquí empieza la paradoja, lo inexplicable sobre nuestro personaje, la causa de su incomprensión, de su olvido en la historia, o de haber sido merecedor de apenas un escondido recuerdo que, cuando se admite tan sólo de leyenda, resulta com-

² Los Almorávides (N del E)

parable al del Wakefield de Hawthorne o el Bartleby de Melville y cuando se considera histórico, es objeto de una gloria tan dudosa como la de un Robert Walser, un Friedrich Hölderlin o un Arthur Rimbaud, creadores magníficos que tras un destello genial desaparecieron para siempre desafortunadamente truncados e inconclusos. Ibn Halut no fue condenado por apostasía por el fiero Yusuf, algo que no tiene explicación, pues se constata la permanencia primero en Marraquech durante algunos años de él y de una parte de los emisarios y después, de la existencia de un peregrinaje que parece llevar a Halut de nuevo a Europa, aunque fuera de Al-Andalus o de los Reinos Hispanos, y así perderse ya definitivamente para las culturas a las que tan dignamente había ensalzado.

He aquí su historia precisamente allí donde su vida se torna más incomprensible y oscura, en el camino hacia la ciudad del desierto.

*



Una serpiente silenciosa se deslizaba despacio cansina y calladamente por los senderos y los desfiladeros del Atlas Medio, tan solo el polvo revelaba su presencia, un polvo que acaso era lo que mejor definía a sus eslabones. Entre ellos nuestro hombre taciturno, con una faz quemada por el sol, lampiño y de facciones suavemente angulosas, tocado por turbante y vestido con una chilaba de lino, parecía mantenerse como un autómata a lomos de un jamelgo. El cuerpo de Ibn Halut había envejecido en estos últimos años casi tanto como su espíritu. Durante todo el trayecto desde que dejaron Córdoba había intentado y conseguido no torturarse con más pensamientos, no buscar razones que explicasen su desazón y lo que él consideraba su fracaso. Se había abandonado casi como un enajenado autista a un único recuerdo: la agradable rememoración de los mejores años, días y horas de su vida en aquella ciudad. Esto le aliviaba los sinsabores de un viaje que sabía a éxodo. Así, durante la travesía llevó consigo el aroma a azahar de las callejuelas cordobesas en primavera, el sonido del vuelo de las golondrinas que cada mañana desde su terraza rompían el límpido cielo azul, el murmullo de los chapoteos de las fuen-

tes en los patios que amortiguaban las sonrisas del serrallo en las casas de los ricos, el frescor de la humedad de las noches de otoño tras las lluvias en los jardines de alguna almunia cercana al río, y el suave e inacabable deslizarse de éste cuando abrazaba la ciudad, y se ensanchaba al paso por ésta, flanqueado por los sauces y los álamos que lamían sus orillas ofreciéndole con estas dulces caricias una bienvenida agradecida. Allí donde la gente se mezclaba para bañarse, lavar, divertirse o pasear mientras hablaban o se jaleaban en una atmósfera de tranquila naturalidad. Recordaba como él mismo gustaba de confundirse con la variopinta multitud en la ribera y muchas tardes, recostado en sus orillas había tomado el sol hasta su ocaso por las suaves lomas de la campiña para después perderse en el laberinto de callejuelas iluminadas y pavimentadas camino de su casa, de la gran biblioteca o de la universidad. Recordaba también los baños, los molinos, las torres, los palacios y las mezquitas de su ciudad que podían todos contarse por cientos, y que le transmitían esa sutil sensación de regocijo que anima al que sigue haciendo en un lugar donde otros antes ya hicieron mucho. Tampoco se sustrajo al discurso arrebatado y al ingenio de sus oradores que siempre le asombró por igual ya viniese de deambulantes faranduleros, de eruditos y reflexivos políticos, o de maestros e imanes. Y también el contraste entre el bullicio y los olores de sus mercados y el silencioso recogimiento del laberinto de libros. Eran más de 400.000 en tiempos de Al Hakam, mayor aún que la extinta de Alejandría. No podía evitar una sonrisa de placer cuando recordaba sus idas y venidas por el camino de almen-

dros que separaba la ciudad de Córdoba de Medinat Al-Zahara³, en algún momento llegó a pensar orgulloso al ver la llanura blanca en primavera que hasta habían conseguido pactar con la Naturaleza. Pero no era sólo Córdoba, también su recuerdo se detuvo en todo Al-Andalus, ese confín de Occidente donde las cosas parecían ser eternas, donde Alá, Cristo y Yahvé habían por fin decidido reconciliarse con el hombre para gozo de éste. Así cavilaba Ibn Halut cabizbajo y callado, cuando murmuró algo y su rostro cambió, su ceño tímidamente entornó sus ojos que parecían ahora escrutar algo oculto, "...pero también aparecía en el libro sagrado". Yehuda, desprevenido, se sobresaltó: "¿me hablabas amigo?" "Recita en el nombre de tu Señor... que ha enseñado el uso del cálamo. Estas son las palabras", respondió Halut. "Dices bien, pues su mismo nombre significa "leer"⁴, le contestó Yehuda el judío, gran conocedor sin embargo de los libros sagrados del Islam y de los seguidores de Cristo. "¿Qué es lo que hemos hecho durante estos años sino eso? ¿para qué nos hemos esforzado en traer y estudiar la sabiduría de los antiguos Griegos y Romanos?, ¿no es precisamente ésto por lo que convivimos y crecimos en sabiduría y felicidad por encima de cualquier otro pueblo de la tierra?. Los maestros de tu pueblo Yehuda, los hispanos y nosotros mismos nos enorgullecíamos de

³ El autor comete aquí una incorrección histórica. Dado que la escena transcurre en el 1085 y que el protagonista parece vivir algunas décadas más, es muy improbable que hubiese conocido Medinat-Al-Zahara antes de su destrucción, que tuvo lugar en el año 1013/402. (N del E)

⁴ *qur'ān* en árabe (N del E)

nuestros logros. Y estos no hubiesen sido posibles sin el trabajo y la renuncia de todos. Muchos se han instalado en nuestra tierra, ¡bendita acogida que nos enriqueció sobremanera y nos alejó de la feroz tribalidad!. ¡Desde los tiempos del Porfirogéneta hasta los Focas en Bizancio y durante los sucesivos reinados de los Otones en los reinos boreales no dejaron de visitarnos emisarios enviados por tan significativas dignidades para comprobar que Al-Andalus no era una leyenda, y pedir a nuestros sabios consejo, pero también para regalarnos su arte y las más preciadas conquistas de su espíritu. Aunque nunca me preocupé mucho, ya conoces que en el enfrentamiento entre los peripatéticos y los seguidores de la fe siempre se me criticó por inclinarme demasiado hacia los primeros, me tranquilizaba poder justificarlo echando mano a las escrituras: "no hay apremio en la religión..." "Si tu Señor hubiese querido, hubiesen creído todos los que están en la tierra. ¿Puedes tu forzar a los hombres hasta que sean creyentes?" Nuestros emires y califas se inhibían de los problemas de derecho civil o penal de tu gente o de los hispanos que vosotros atendáis con diligencia y sabiduría. Favorecimos la discusión a favor de la búsqueda de la verdad porque tampoco Dios ha puesto a los sabios a cubierto del error ni de la obcecación, ni de la confusión, ya que si lo hubiera hecho ¿cómo explicar nuestra discrepancia?. Por esto interpretamos nuestro libro de muy distintas formas y todas ellas merecieron el respeto y la oportunidad para su expresión: los más *tradicionalistas* que decían no hacer política y hablar sólo de culto y de ritual, los *literalistas* que aseguraban no interpretar y para los que si el libro decía "negro", era "negro", aunque des-

pués no se diesen cuenta que debían aclarar incluso qué entendían por aquella palabra; *los reformistas*, que defendían recuperar no la letra sino el espíritu y el dinamismo intelectual de la interpretación en sí misma; los que yo mismo he llamado "*racionalistas*" y a los que si bien desde mi distanciamiento, he animado y apoyado en su visión del Libro como referencia y no como cárcel, remitiéndonos siempre a nuestra razón autónoma; a los *sufíes esotéricos* e incluso a los *fundamentalistas*, por fin, para los que *la sharia*⁵ debería dominar el reino de la política incluso a costa de las naturales inclinaciones del hombre. Mucho me temo Yehuda que todo esto se haya ya acabado y que se encuentren muy próximos los tiempos en los que alguna de estas tendencias, y no precisamente la que hemos defendido y propugnado se imponga en mi pueblo o el tuyo, como hace tiempo lo hizo en nuestros vecinos del norte". Yehuda, que había estado preocupado por el silencio obstinado de su amigo durante todo el viaje, le creyó que desvariaba cuando, sin darse tregua o esperar un comentario o una simple refutación amable de su compañero de viaje, Ibn-Halut prosiguió lo que parecía un discurso que no tenía interlocutor, y en el que recordó como habían bebido de Aristóteles hasta agotarlo, en qué grado habían dominado la trigonometría y la matemática, innovado la arquitectura, rectificado a Galeno, determinado la posición de los planetas más exactamente que Tolomeo, con qué habilidad y conocimientos habían sabido explotar la tierra mediante la accli-

⁵ Ley islámica (N del E)

matación de las plantas y los cultivos intensivos, empleado la farmacopea más eficazmente que el propio Dioscórides, utilizado la lógica y la metafísica para explicar lo que se presumía que las ciencias naturales nunca revelarían, porque su fe era tan humana que nunca llegó a arrinconar las dudas. El, Ibn-Halut el estudioso, pero también el refinado, el dulce y delicado proseguía su monólogo con una vehemencia creciente sobre los más variopintos temas mundanos, sobre el extremo al que habían elevado el arte de vivir. Cambió su disertación al uso del mármol, el estuco y las celosías en las construcciones, argumentando que no fueron exclusivas de califas, emires o cadíes, sino que se prodigaron en las habitaciones del pueblo. Abordó la importancia que había adquirido el adorno de los cuerpos con sedas, algodón, lino y terciopelo cuyos colores y estampados variaban en función de la estación del año, sobre la instauración del arte de la peluquería, y hasta el teñido de las barbas que, a pesar de su lampiñez casi púber, tenía fama de conocer mejor que nadie en su ciudad, sobre el acicalamiento con perfumes, desodorantes y fragancias preciosas como los del ámbar, el almizcle y el alcanfor, que mezclaba con un extraordinario equilibrio para conseguir ambientes tan sofisticados como incitadores, sobre la escenificación exquisita de la necesidad fisiológica de comer, describiendo, con un lujo de detalles que al propio Yehuda sorprendió pues conocía su extrema frugalidad, el adorno de las mesas con los distintos servicios y platos y el riguroso ordenamiento de los alimentos para un mejor deleite y digestión. Repasó la obsesión por el agua y la limpieza que les había llevado a desarrollar una

nueva faceta de la medicina: la higiene del cuerpo, pero también a crear sofisticadas conducciones de agua y letrinas. Reconoció sin embargo el que la tragedia y la comedia suscitasen demasiados interrogantes y nunca fueran admitidos en los salones de Córdoba, pero enseguida recordó en un hábil contrapunto cómo allí se podía escuchar la música más bella del mundo, cómo sus poetas eran tan respetados por el pueblo como los sacerdotes, y cómo instauraron el arte de la narración y las plazas se llenaban de gente para escuchar a los cuentacuentos o para sencillamente ejercer el arte de la oratoria.

Este febril monólogo verborreico dio sin embargo paso poco a poco a una auténtica conversación en la que Yehuda reconoció mejor a su amigo, más calmado si bien con un poso de amargura difícil de disimular. Así se entretuvieron ambos viajeros durante una buena parte del duro trayecto por los empinados y sinuosos senderos de los montes africanos camino de Menkés. La casualidad quiso entonces que bordearan y acamparan muy cerca de los restos de la, durante más de dos siglos, portentosa Volúbilis. La que en otro tiempo fuera símbolo a la vez de la influencia de una civilización global y la independencia de un pueblo, el berebér, aparecía ahora a los ojos de los transhumantes reducida a una inmensa y desolada extensión de columnas decapitadas, de muros derrumbados, de suelos levantados, morada de alimañas y quizás de ladrones. Durante la clara y fresca noche, Ibn Halut durmió inquieto en su improvisado catre. Poco antes del alba, cuando aún solo los vigías permanecían apenas alerta, Yehuda, se incorporó al observar que el lecho de Halut estaba vacío. Distinguió su silueta sentada en una

roca que parecía escrutar una oscuridad ya huidiza ante el resplandor que venía de oriente. "Sabes Yehuda, hay lobos en estas montañas", le comentó a su amigo sin volverse cuando apenas este se había acercado, "no he oído aullidos esta noche, ¿acaso tu sí?", "no podría decir que escuché nada, y sin embargo he visto mucho. Los lobos de estas salvajes sierras se han apoderado de mí esta noche y han entrado en mis sueños, escucha Yehuda lo que he visto en ellos: una manada de lobos acababa de celebrar un festín con varios carneros, parecían saciados y tranquilos en el páramo a la luz de la luna. Sin embargo cuatro o cinco comenzaron a increparse, no te podría decir la razón de ello, quizás por las hembras, quizás por dominarse unos a otros. Enseñaban sus dientes y se movían en círculos, apenas gruñían Yehuda, apenas se podía oír nada, pero no dejaban de observarse con atención, sus rabos estaban enhiestos, sus ojos bizqueaban siguiéndose unos a otros a la vez que sus cuerpos cambiaban sutilmente al andar en círculos. Parecían como si se agrandasen, pues su pelambre se erizaba. Medían exactamente milímetro a milímetro el terreno que podían recorrer al acercarse unos a otros. Tras unos minutos de esta danza, algunos se fueron retirando, pasaron a la retaguardia y se perdieron en la oscuridad, menos hinchados ya, sin brillo en sus miradas casi sin rabos y sin prisas, con un suave y armónico deambular. El resto de la manada que observaba la ceremonia perezosamente les dejaba complacientes un lugar para reposar y para seguir la escena de lo que ya era un enfrentamiento cara a cara entre los dos que quedaban en el centro. Estos estaban muy cerca y se atacaban

en súbitos lances que apenas acertaba yo mismo a reconocer si acaso se tocasen. Sus cuerpos estaban transformados en un paroxismo total, no se parecían en nada a los que les observaban, realmente eran otros seres diferentes. Tras apenas unos minutos de lucha uno de ellos bajó los cuartos delanteros y reclinó su cabeza ofreciendo su cuello al otro muy cerca de las fauces de su oponente que excretaban babas y saliva. A pesar de esto, el desgarró mortal no se produjo, el vencedor apenas rozó su boca con el cuello del vencido, y en un gesto de misericordia que demostró su poderío, levantó dulcemente su cabeza. Breves segundos después el derrotado siguió el camino de los otros y la manada comenzó a moverse y afanarse en otros menesteres". Después de un breve silencio Ibn-Halut preguntó "¿Por qué crees que habré tenido este sueño Yehuda?" El alba se estaba entonces adueñando del mundo poco a poco, y los dos hombres sentados uno al lado del otro ya podían escudriñarse sus rostros sin esfuerzo. "Viendo como te encuentras supongo que es fácil colegir que es una metáfora de nosotros mismos: siempre luchando por dominarnos los unos a los otros, en un círculo que no tiene fin, ...una condena eterna tal vez". Halut calló durante unos segundos, después se incorporó bruscamente, "sí, llevas razón, Yehuda, es demasiado fácil esa conclusión... Vamos tenemos que darnos prisa y partir antes de que la mañana se nos adelante".

La caravana alcanzó finalmente Marraquech, dos meses después de haber salido de Córdoba. Los Almorávides habían elegido este lugar hacía apenas 20

años para instalar su naciente imperio: la gran llanura les daba amplitud de miras y les evitaba ser cogidos desprevenidos, los vientos húmedos del Atlántico la alcanzaban con facilidad suavizando el rigor de estas latitudes y las imponentes cumbres nevadas del Atlas la separaban del infierno del desierto y la hacían más majestuosa. Desde las últimas colinas que suavemente alcanzaban la gran llanura desde el Norte, se les presentó a los viajeros un paisaje que inicialmente les desorientó pues divisaron lo que parecía una red de múltiples conexiones que como una tela de araña se extendía desde las faldas de las imponentes montañas del horizonte y que poco a poco se abría a medida que se acercaban al núcleo que era la ciudad, para envolverlo y asediarlo. "¡He ahí Marraquech, ciudad de los Almorávides, levantada por el gran Abu Bakr caudillo de los Lemtuna para la gloria de Alá!", gritó alborozado por la misión cumplida el jefe de la expedición, un grueso mercader barbudo, a la vez que rompía el ensimismamiento de gran parte de los miembros del cortejo. "Pero, ...¿qué es la ciudad?" se atrevió a murmurar Yehuda. La comitiva avanzó más animadamente y poco a poco acertaron a distinguir lo que eran los nudos de aquella red, una especie de pequeñas estructuras cilíndricas que se levantaban unos palmos del suelo y se conectaban entre sí con surcos horadados pero tapados con tierra como si fuesen pasadizos de madrigueras de topos. Más adelante reconocerían un complejo sistema de pozos y conducciones subterráneas de agua dispuestas así para evitar la evaporación y suministrar el preciado líquido a los habitantes de la ciudad. Desde la lejanía, la ciudad era un amasijo de color rojizo



en el que apenas se podían distinguir con claridad las construcciones que la conformaban. A pesar del gozo que produce la llegada al destino tras un incierto viaje, un sentimiento de desazón se generalizó entre los hombres que venían de la antigua capital del Califato de Al-Andalus, pues para ellos aquel lugar y aquella urbe distaba mucho de poder ser comparada con la fértil campiña del Guadalquivir y con su perla. Poco después pudieron contemplar con más nitidez la ciudad de la que, mientras una parte parecía encontrarse abierta a la llanura y a las conducciones que la conectaban con las montañas, otra, la que se extendía hacia poniente, se encontraba cerrada por una especie de gran pared que les dificultaba la visión de los cubos apilados que ocupaban su interior. Al acercarse más se fue configurando como un incompleto y sencillo muro de arcilla del que sobresalían bloques cuadrados. El proyecto defensivo cambió de color conforme avanzaron los peregrinos y el sol. Sus rayos de poniente al incidir directamente en la cada vez mayor mole produjeron un cambio en su coloración que se tornó de un ocre pálido a otro más rojizo y casi brillante. En el límite de la construcción de la muralla multitud de obreros se afanaban con la argamasa y el mortero de arcilla guiados por grandes cuerdas que les señalaban el lugar donde debían colocar los bloques y que a la vez impedían el acceso de la comitiva a la urbe por aquel sitio falsamente expédito. Cuando estuvieron más cerca unos jinetes salieron al encuentro de la comitiva, y después de intercambiar saludos con el jefe de la expedición los dirigieron hacia una gran puerta que permitía el acceso por la muralla al interior. Al entrar en la ciudad

un fuerte olor les reveló que se encontraban en una zona de tenerías, lo que entristeció aún más a Halut. A medida que se adentraban se adivinaba un orden urbano en el que predominaban las habitaciones rectangulares de adobe rojo y de no más de diez metros las más elevadas, con puertas pequeñas y únicas cubiertas por esterillas y minúsculos vanos en la parte mas superior a modo de ventanas que apenas permitían el paso de la luz y del aire enrarecido y penetrante que generaba el curtido de pieles. También se intercalaban recintos más pequeños, la mayoría sin techumbre o con fardos extendidos y anclados con piedras a la parte superior de las paredes, muchos contenían animales como cabras o gallinas. La calle por la que pasaron era suficientemente ancha lo que permitía que muchas de sus fachadas dispusieran de toldos que sin embargo estrechaban la luz de la misma, obligando a los extranjeros a tener que cabalgar en fila de a uno por el centro donde los caballos chapoteaban un pútrido riachuelo de color oscuro. Entre las casas, minúsculas callejuelas estrechas parecían desembocar en la arteria por la que pasaban. “Espero que nuestro sultán tenga mejor aspecto que su ciudad”, comentó Yehuda socarronamente a su amigo.

Tras pasar una amplia plazuela que les alivió su angustia se volvieron a introducir en una nueva maraña de casas. El ambiente y el panorama cambió sin embargo sustancialmente. Ahora, en un verdadero dédalo de callejuelas rectas cubiertas por artesonados de madera se disponían una gran variedad de puestos donde sus propietarios abordaban a los visitantes ofreciéndoles sus productos cuya riqueza y variedad volvió a sorprender esta vez

más gratamente a los cordobeses. Se encontraban ya en lo que era una rica alcaicería que les resultó mucho más familiar. Observaban desde sus cabalgaduras puestos con desconocidas hierbas, exóticos cuernos de rinocerontes, dientes de felinos, repelentes moscas verdosas de enorme tamaño, magníficas pieles de animales, especialmente de corderos pero también de otras especies que no supieron reconocer, extrañas serpientes de variados colores dispuestas linealmente en mesas, pavos reales y cabezas de antilopes, pero también esmeradas alfombras, extrañas piedras semipreciosas, frutos secos, dátiles, azafrán, pimienta, comino y jengibre, entre otras especias, guarnicionerías bien pertrechadas y de esmerada artesanía propias de un pueblo, pensó Halut, que pasa demasiado tiempo guerreando y necesita la belleza. Todo ello envuelto por un ruidoso ajetreo que alivió a los cansados viajeros y les infundió ánimo. En otra plaza, un edificio rectangular aparecía adornado por una cúpula de arcos de herradura, los obreros trabajaban en recubrir el alminar de esa mezquita con bellos azulejos verdes que parecían estar esmaltados y que les recordó una vez más a su ciudad natal. Al pasar por ésta, les salieron al encuentro saludándoles alegremente y dándoles la bienvenida gentes de Córdoba que trabajaban allí, a la vez que les demandaban con ansiedad nuevas de Al-Andalus. A Halut se le iluminó el rostro con una sonrisa de satisfacción y tranquilidad pues comprendió entonces el parecido que había detectado entre esta mezquita y la grande de Córdoba. La comitiva se detuvo aquí y sus miembros comenzaron a dispersarse, no sin antes haber negociado los últimos detalles del viaje con los que comandaron la expedición

desde el puerto de Ceuta. El grupo de Córdoba aceptó así al principio ser acogido por estos paisanos mientras negociaban un alojamiento destacado. Esto era importante, pues el emir no les recibiría de inmediato y nadie sabía cuanto se demoraría la espera.

Muy poco después de instalarse en casa de uno de los capataces de la obra, Halut y Yehuda se dirigieron al centro de la ciudad, una enorme extensión triangular entre la mezquita y la Medina. Fue esta una visita en la que su nuevo amigo, un mozárabe cuya maestría en la construcción había merecido la transigencia del propio Sultán, había puesto un especial empeño en acompañarlos como guía. La plaza se les reveló inicialmente como un lugar para que sus habitantes manifestasen sus más irreprimibles deseos de asombrar. Poco a poco y con la satisfacción en el rubicundo rostro de su anfitrión, la naturalidad de lo lúdico que se reunía en ese extraño espacio perdido en el desierto hechizó rápidamente a los visitantes del Norte. Con el ajetreo y la vitalidad que aparece cuando los hombres desean con fervor transmitir algo, enganchar o seducir a sus congéneres, los más variopintos y extraños personajes ofrecían a todo aquel que quisiera detenerse sin prisa sus artes más inéditas, exclusivas y distinguidas: titiriteros, sacamuélas, contorsionistas y aguadores, encantadores de serpientes, ciegos que cantaban a coro y solicitaban limosnas, cocineros y restauradores que envueltos en humo invitaban a probar su carne o sus zumos, danzarines negros del Sudán y púberes bailarinas de Mauritania, músicos que hacían sonar extraños objetos metálicos o tañían un instrumento de dos o tres cuerdas desconocido para los

que venían de Europa, todos ellos elevaban aquel lugar al rango de metrópoli a pesar de su reciente fundación y de ser aún tan elemental, o de estar tan aislada y tan alejada de Damasco o Constantinopla, de Córdoba o Roma. En Ibn-Halut un sentimiento de esperanza comenzó a crecer y se resistió a creer que en sus comienzos la plaza había sido utilizada como una muestra del horror, donde el sultán Yusuf demostrase la tiranía de su naciente imperio al ahorcar a sus disidentes y exponer sus cuerpos a lo largo de su perímetro durante días. Pero de estas jalqas lo que más llamó la atención de Halut fueron ciertos espectáculos que parecían realizar sus protagonistas espontáneamente. La gente que allí se congregaba en grupúsculos y que reunían a un gran número de espectadores, se repartían por toda su extensión con el aparente objetivo de narrar historias. En ellos los actores representaban escenas sin hablar: bebían sin ningún líquido o recipiente, se contorneaban y parecían que volaban sin alas, luchaban sin tocarse, sin cimitarras ni adargas, dormían sin lechos o trabajaban el campo sin azadas, vivían en palacios sin que existieran muros, jardines, tapices, o fuentes. Sus rostros cambiaban constantemente de expresión, que deliberadamente y en ciertos momentos, forzaban ellos mismos de forma exagerada. Aunque mudos, los espectadores parecían entender muy bien el mensaje. Sus gestos y movimientos se acompañaban de ruidos guturales que con súbitos cambios en el volumen, el tono, la cadencia o la melodía, enriquecían sus actuaciones de tal manera que era imposible abstraerse a ellos. Halut observaba extasiado como en sus representaciones, cuando los actores reían o llo-

raban, se enfurecían o dulcificaban, los espectadores también reían o lloraban, y se enfurecían o dulcificaban con ellos. En muchas ocasiones gentes anónimas que observaban entre los espectadores a estos juglares sin voz y que no se habían conocido previamente salían espontáneamente a la escena y proseguían la interpretación a su modo enriqueciéndola. Mediante aplausos siempre eran bienvenidos estos espontáneos, que podían proseguir después ellos solos hasta acabar o hasta que otro voluntario se sentía atraído lo suficiente como para saltar al centro del círculo en lo que a veces era una interminable puesta en escena. Así, los cordobeses observaron en una de estas jalqas como lo que al principio de la tarde parecía ser una conversación divertida entre dos amigos, después se convertía en una transacción comercial, más tarde en una disputa por un asno, después en un cortejo amoroso, súbitamente mostraba el esfuerzo del que intenta subir un monte sin ayuda, la desesperación de alguien que se siente solo porque ha perdido a su amada, y, finalmente, los prolegómenos del hombre que, cansado tras una dura jornada de trabajo, se dispone a dormir. Y así, una historia tras otra hasta que la oscuridad de la noche empezaba a llamarles al descanso y la muchedumbre iniciaba su dispersión abandonando la mágica plaza con la felicidad en la mayoría de sus rostros.

Ibn-Halut quedó impresionado por esta modalidad de representaciones, su espíritu curioso y científico le llevó primero a buscar explicaciones sobre cual era la causa de que eligiesen la representación muda. Esto lo achacó a que allí se reunían árabes y bereberes de distintas procedencias, pero también tribus de Mauritania o

de aquellas latitudes como los masmudíes, que no hablaban exactamente la misma lengua. También se preguntaba si este era un fenómeno espontáneo que había nacido allí o había sido traído de otro lugar. Había conocido las representaciones teatrales de los antiguos pero no se parecían a esto. En Damasco y en Córdoba se había cultivado la música y la poesía y aunque encontraba ciertas similitudes con la danza y ciertas representaciones con acompañamiento musical, desde luego la lírica poética no tenía nada que ver con lo que allí había visto.

El cordobés se acostumbró a visitar diariamente la plaza y permanecía en ella durante muchas horas. Se sentaba con el público alrededor de alguno de estos "recitadores mudos" o "actores del cuerpo" como llegó a catalogarlos para tratar de escudriñarlos con el propósito de descubrir el secreto de este arte popular, pero pronto se dio cuenta que no podía sustraerse a la emoción que le transmitían, que no podía permanecer como observador imparcial e impasible. Esta emoción brotaba incontenible cuando la gente del corro salía al estrado espontáneamente para proseguir o empezar un nuevo tema. Momentos singulares experimentó cuando al hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por lo que le transmitía el actor podía ver a su alrededor al público llorando o riendo, con caras compungidas o alegres, en lo que parecía ser un estado de enajenación colectivo pero que a la vez transmitía la serenidad que sólo puede brotar de los corazones equilibrados de cada uno de los que allí se congregaban.

En estas se entretenía nuestro hombre día tras día cuando finalmente y después de varias semanas de espera, el sultán Yusuf los recibió a él y a Yehuda, en su

palacio, una de las pocas construcciones de piedra que existían en la ciudad y que su primo, Abú Bakr, mandó construir al instalarse en la seca llanura. La recepción tuvo lugar en una amplia sala con un estanque poco profundo en el centro. Al fondo de la sala, en un reservado que conformaban tres columnas con sendos arcos de herradura, envuelto en la tenue luminosidad que se colaba por dos elevadas celosías situadas a su espalda, la figura de Yusuf, a contraluz, se adivinaba reclinada sobre mullidos almohadones y cojines de apagados colores. Varias estáticas siluetas humanas le rodeaban. Apenas se movió cuando le anunciaron la llegada de la embajada a los que sentaron también en cojines a cierta distancia y frente a él. Desde esa situación era difícil averiguar las facciones del sultán, lo que intranquilizó a Ibn-Halut. Inmediatamente, sin embargo, a una orden del hayib los sirvientes trajeron dátiles, algunos frutos secos, té y agua fresca a la vez que se descorrió parcialmente un cortinaje que dejó pasar más luminosidad al recinto. Durante unos minutos comieron en silencio como muestra formal del agradecimiento a Alá. Fue el hayib del emir quien hizo después las presentaciones. Destacó la fama de Ibn Halut como hombre relevante gran médico, filósofo y "depositario de la sabiduría de los primeros padres". Se detuvo en revelar sus raíces, y lo proclamó descendiente de una noble familia aristocrática cordobesa cuyos miembros habían sido consejeros de los califas omeyas desde los tiempos de Damasco. El califa que escuchó las presentaciones con aire cansino, en la penumbra de su rincón, tras un silencio prolongado que puso algo nervioso a Yehuda espetó:

“Ha llegado a mis oídos que la Luz del Islam ya no brilla con el esplendor de antaño. La ruta que conduce hasta Marraquech pasa cerca de Volubilis, dime Ibn Halut, ¿crees que Córdoba seguirá su misma suerte?”

A Halut le cojió desprevenido un ataque tan directo, y después de una breve pausa respondió: “Volubilis es solo el reflejo de lo que fue una civilización que, como todas hasta ahora, cometió los mismos errores. A ninguno de nosotros nos interesa que la joya de Al-Andalus siga esos pasos”

Dices bien Halut –contestó Yusuf en un tono más conciliador-, entonces respóndeme ¿qué debería hacer para que lo que el profeta creó no se convierta en casa de alimañas y bestias, no sea engullido por la hiedra, el musgo o el polvo?, ¿qué debería hacer para que no seamos en breve un vago recuerdo en la memoria de los hombres y tanto Córdoba como esta ciudad que he fundado perduren eternamente?”

“Ciertamente, tu preocupación te hace digno de la misión que Alá te ha encomendado, y temo que mis pocos recursos no puedan iluminarte lo suficiente en tu anhelada búsqueda. Hasta hace muy poco, incluso después de ponerme en camino, no hubiera dudado en ofrecerte consejos que creía seguros, tan grande era mi ilusión. Una súbita sospecha, arriesgada y novedosa por lo balbuciente y lo confusa ha ido atormentándome estas semanas y apenas hoy puedo transmitírtela sin el temor de que no se me entienda con claridad ya que ni yo mismo he conseguido entenderla. Pues cuando surge la intuición en un ser humano éste precisa de un tiempo para reflexionar sobre ella y así seguir o no lo que su íntima revelación le señaló”

“Te avala tu fama, Halut, -insistió el sultán- arriégate y responde sin miedo, quiero escucharte”

“En muchas ocasiones las respuestas a los grandes enigmas se encuentran muy cerca de nosotros –prosiguió Halut-, solo hay que observar a nuestro alrededor con el sosiego y la curiosidad del que quiere aprender: detente en la sonrisa de los rapaces que corren despreocupados y harapientos por el zoco, en la mirada suave y profunda de tu favorita, en el arrullo que confunde a una madre con su hijo, en la cansina mirada de un viejo. Mira a tus súbditos cualquier día en la plaza como se mueven, gesticulan, se contorsionan bailando, se tocan y saltan, actúan y duermen. Si lo haces con la misma mirada con la que tu corazón escruta tu interior, descubrirás también lo más profundo que habita en ellos y quizás podrás comprender al hombre mismo, pues esos gestos, esos timbres, esos movimientos tienen la anti-güedad de la tierra, mucho más que las palabras, infinitamente más que cualquiera de los argumentos”.

“Es verdad que hablas de forma misteriosa para mí, pues ahora estoy confundido, dime Halut, ¿caso no veo también la desesperación y la ira, el odio y el orgullo, la pena y la ironía?”

“Permíteme, oh poderoso comendador de creyentes contestarte con otra pregunta, dime: ¿cómo te sientes tú cuando te invade la ira, la tristeza o el rencor?, ¿caso prefieres este estado al que se refleja cuando tu mirada se abre, tu toque protege, cuando tus ojos entornados transmiten la piedad de tu rezo, o tu rostro sonriente la alegría sincera de tu espíritu?. Es posible que el hombre esté más preparado de lo que creemos para com-

prender los símbolos que de una manera natural su cuerpo expresa, en su elección sólo tiene que seguir a su propia naturaleza sin traicionarla”.

Yehuda había ido admirándose progresivamente, con una mirada absorta de sorpresa que desatendía por completo al sultán y observaba el discurso de Halut. A una señal de Yusuf se dio por finalizada la audiencia y ambos hombres se levantaron y salieron del salón. Halut le dijo a su amigo que sabía que quería una explicación y que la tendría en breve.

Poco antes de que la caravana partiera de regreso a Al-Andalus, Ibn-Halut le habló a Yehuda de las razones por las que él no partiría con ellos.

“Mi querido Yehuda, no sé durante cuanto tiempo más permaneceré en Marraquech pero sé que debo dedicarme plenamente al estudio de algo que ahora presiento tiene una importancia y trascendencia no apreciadas. Sospecho que la comunicación sin el uso del lenguaje puede llegar a ser una forma de entendimiento entre los hombres más eficaz que aquella a la que habitualmente hemos prestado atención. ¿No crees que los hombres se entenderían de forma más eficaz y directa, con menos ambigüedad, mediante el uso de los gestos?. Me doy cuenta de que esto es contrario a lo que el buen uso de la razón nos ha indicado hasta ahora. Déjame explorar si realmente este lenguaje es más simple y menos ambigüo para el hombre. Ya que ahora, amigo, me asaltan las dudas sobre si el uso de la palabra como único y exclusivo atributo humano no esté tal vez aún pobre e imperfectamente desarrollado pues es la más joven de sus facultades. Estoy seguro de que incluso los mensajes

verbales más simples, poseen la propiedad de poder ser interpretados de muchas maneras. ¿No te has dado cuenta de la maravilla que ocurre cada día en la mágica plaza de esta joven ciudad? gentes venidas de diferentes lugares en poco tiempo se comprenden entre sí desvelando sus almas a través del sentimiento, del espíritu, o del juego sin necesidad de emplear las palabras. No me juzgues loco si además te digo, no sin un poso de amargura, que sospecho que todo lo más importante que los hombres podían escribir y decir se escribió y se dijo hace mucho tiempo. Y sin embargo, Yehuda, ¿ha servido esto para que dejemos de matarnos entre nosotros?”

“Te conozco desde hace mucho viejo amigo y me doy cuenta que lo que oigo no es fruto de una irreflexiva y pasajera melancolía”. Le respondió Yehuda con aire resignado y triste. “Una vez más no tengo otra cosa que decirte sino que sigas tu camino”

Halut le encargó a Yehuda que transmitiera sin embargo su sospecha y que difundiera entre los intelectuales de Al-Andalus el tipo de empresa a la que pretendía dedicarse. Su amigo, sin embargo, se sintió trastornado y desorientado. No podía comprender que el gran Halut rechazase de repente el uso de la palabra. Así, con la amargura de la resignación, la tristeza del fracaso en su misión y la terrible soledad del que cree haber perdido un amigo abandonó el buen Yehuda Marraquech .

Ibn-Halut permaneció en la ciudad dos años más. En este tiempo sobrevivió ejerciendo como médico. Pero Halut se dedicó inicialmente con todas sus energías al estudio de lo que ocurría en la Plaza y que muy pronto

lo incorporó a su propio trabajo como médico, pues aunque siempre había sabido que su capacidad de sanación estaba estrechamente ligada a su capacidad para comprender el alma humana, ahora le animaba la intuición de haber descubierto un camino de llegar hasta ella más directo. Así, reclutó pacientes de muy diverso origen a los que ofrecía servicios médicos gratuitos con tal de ahondar más en las manifestaciones corporales que estos demostraban en las representaciones de sus vidas. Todas sus observaciones las fue plasmando en una obra que hasta muy poco se consideró apócrifa y que, titularia: *"Tratado sobre el significado de los símbolos del cuerpo en los hombres y las mujeres"*.

Pero el ímpetu guerrero de los Almorávides y la fuerza que les daba la obcecación de una fe sin fisuras les empujó hacia el Norte poco tiempo después. Su migración guerrera hacia la península ibérica, convirtió a la metrópoli en una ciudad de ancianos, mujeres, niños y lisiados. El efusivo dinamismo que daba aliento a la ciudad se apagó casi de repente. Ibn Halut se dio cuenta de que había llegado también para él el momento de partir. Al-Andalus era ya un caos de luchas internas y descomposición que hizo desaparecer casi por completo lo poco que quedaba del refinamiento del Califato. Ibn Tasufi y sus guerreros acudieron a la llamada de ayuda de las taifas de Al Andalus y así aprovecharon para aniquilar los últimos despojos del califato e imponer una severa disciplina coránica. Halut viajó entonces a Orán desde donde embarcó hacia Mallorca para alcanzar finalmente la costa sur de Francia. Durante mucho tiempo, la reconstrucción de su vida desde entonces ha sido una pura

especulación, pues las fuentes eran muy indirectas. Ibn Halut fue un personaje conocido en el país de Oc. Su arte, su refinamiento y su ciencia fue apreciada por los nobles del Languedoc y no tardó mucho tiempo en ser habitual del propio Duque de Aquitania. Aquí el camaleónico Halut parece dar otro giro a su comportamiento, pues es conocido como *"El Chambelán moro del Duque"*. Ahora es un maestro de ceremonias que contribuye a introducir en esta corte predispuesta el gusto por la lírica, el disfrute equilibrado de la comida y la bebida, el regocijo de la danza, la justa apreciación de una ingeniosa historia bien contada, o el prurito de identificarse con los personajes de atrevidos poemas que se representaban en las noches galantes. Gracias a él, Ibn Hazam, Al-Mutamid y otros líricos andalusíes fueron declamados y admirados en estas latitudes. Curiosamente es entonces cuando tiene lugar aquí el nacimiento de algo extraño y paradójico para una sociedad rural, feudal, y embrutecida: el interés por el amaneramiento refinado, la valoración consciente de la condición femenina, la exaltación de la mujer, la idealización de la dama, el amor cortés, la expresión de los sentimientos amorosos y la audacia del manejo de los elementos pasionales. Todo ello presentado de forma elegante y sugestiva, como solo Halut podía también haberlo insinuado, mediante melodías y poemas, reviviendo así sus mejores años cordobeses,...pero también gracias a la mímica, en lo que ya era el legado que portaba de su experiencia en la ciudad roja del desierto.

La estancia de Ibn-Halut en la corte de Aquitania se interrumpe bruscamente. Se establece entonces en Bolonia

ciudad donde comienza a ejercer de nuevo de médico. No tarda en ser el foco de atención de la ciudad donde ejerce su arte. Se interesa por todo tipo de enfermos pero estudia muy especialmente aquellos con taras sensoriales y neurológicas, en cuyos cuidados, análisis y predicciones alcanza una gran fama. Bolonia se convierte en peregrinaje de enfermos con el mal de San Vito, ciegos y leprosos a los que la enfermedad les ha privado del placer de la vista, el olfato y las caricias. Mudos y paráliticos cerebrales acuden a su consulta. Es entonces cuando parece centrarse en las potencialidades vicarias a que dan lugar los distintos males. Entre sus muchas observaciones Halut se da cuenta de que aquellos que no pueden denominar a los seres y las cosas del mundo que les rodea adquieren un desarrollo extraordinario para leer los gestos y las miradas. El científico convive con ellos y anota las interpretaciones que estos hacen del mundo que les rodea, les observa y les pregunta. Su escuela tiene un renombre que trasciende a Florencia, Siena y Venecia. El municipio de Bolonia se hace cargo de su hospital-escuela y le otorga la ciudadanía. Desde Bolonia se desplaza frecuentemente a Venecia. Allí contacta con mercaderes radaníes que traen esclavos y eunucos de Djar en Arabia, Djeddah, India y la China, establece relación con gentes de Antioquía y del Cáucaso, con comerciantes varegos que llegados de las orillas norte de los mares de Rum y de Jurjan⁶ traen mujeres jázaras, húngaras y mongolas, esclavos ucranianos y tártaros. Halut se las ingenia con algunos de sus discípulos, entre los que

⁶ Se refiere a los mares conocidos también como Negro y Caspio. (N del E)

se encuentra un tal Francesco de Vallella, para frecuentar las dársenas y los mercados y ofrecer alojamiento y comida a grupos seleccionados de estos comerciantes y sus exóticos acompañantes. Durante el tiempo que permanecen bajo su hospedaje aprovechan para estudiar las formas de comunicarse y comportarse de tan interesantes huéspedes. Es entonces cuando parece avanzar más deprisa en sus observaciones. Halut llega así a conclusiones extraordinarias algunas de las cuales tendrían que esperar años para ser redescubiertas en lo que ha sido uno de los ejemplos más paradigmáticos de repetición en la historia. El tiempo que permanece en Italia se desconoce. Se tiene noticia de que sus últimos magisterios tienen lugar en Damasco hasta donde le siguieron algunos de sus más fieles discípulos. La historia de Ibn-Halut se desvanece en estas tierras orientales paradójicamente en una situación social y época de convulsión similar a la de su Al-Andalus natal, esta vez con las guerras de cruzadas como marco, donde el enfrentamiento entre hombres y pueblos se hacía una vez más por ideas y argumentos que los hombres decían venían de Dios. Algunos de sus discípulos se trasladaron a Fustat⁷, otros alcanzaron gran fama, así Francesco de Vallella en su Italia natal, figuró entre los médicos que atendieron regularmente al papa Alejandro III.

Poco más se puede decir de los tiempos que siguen. Su figura se difumina y su obra desaparece. Sin embargo, muchos años después se ha visto su huella en una

⁷ El Cairo. (N del E)

son recogidas en su ópera magna: destacó el valor de los movimientos corporales en la transmisión de los significados sociales en las interacciones humanas, que cuantificó en aproximadamente dos tercios, atribuyó a la comunicación no verbal un poder explicativo casi exclusivo de los significados de un mensaje. En su obra puede leerse por primera vez que las claves no verbales son las que con más seguridad nos ayudan a transmitir y conocer los sentimientos entre los humanos. También proclamó el mismo "los peligros del lenguaje verbal", y recomendó su progresivo abandono mediante el cultivo "del lenguaje corporal". Para él, la comunicación por excelencia es la comunicación sin palabras, hasta el punto de advertir que es ésta la que valida cualquier mensaje verbal (la que indica el cómo se debería interpretar el contenido de un mensaje concreto). Expresa la absoluta supremacía del lenguaje de los gestos para el mantenimiento de relaciones humanas, de la auto-imagen y de la expresión de los sentimientos y las emociones. Halit concluye que, por su carácter más universal, es mucho más fácil entrenarse en la forma no verbal de transmisión de los diferentes estados de ánimo que en su denominación verbal. El uso del lenguaje oral tiene el impedimento de los artificiosos e ininteligibles centros de modos verbales diferentes entre los hombres. Además tendría la dificultad, incluso dentro de los que hablan una misma lengua, para nominar adecuadamente los diversos estados de ánimo, a lo que habría de añadir el esfuerzo que entraña, para cada uno de sus parlantes, el conocer el significado exacto de sus proposiciones cuando estas pueden encontrarse en el idioma concreto. Halit catalogó el flujo de los mensajes en función de aspectos no verbales como pue-

manifestación cultural considerada secundaria, el mundo del espectáculo: en personajes como el gran Gaspar Debureau, Louise Brooks o Buster Keaton, entre otros pervivía escondido el mensaje del cordobés.

El redescubrimiento de Ibn-Halut de Córdoba se produjo en el marco de la revolución mundial que tuvo lugar a principios del siglo XXI, cuando empezaron a caer muchos de los tabúes que habían mantenido las estructuras de un orbe ya insostenible. Este ocurrió, junto a otros muchos, tras la llegada del papa negro al pontificado con la apertura de las "secciones secretas" de la Biblioteca Vaticana. No sólo apareció su "Tratado sobre el significado de los símbolos del cuerpo en los hombres y las mujeres", sino muchos datos y escritos de otros autores sobre nuestro personaje de las que el que humildemente aquí os habla se ha valido para construir esta verdadera fábula. Entonces pudimos conocer realmente la trascendencia de su pensamiento y de su obra. Nos dimos cuenta que, al igual que con Platón en filosofía, también con él, en un ámbito aparentemente agotado entonces la comunicación no verbal ya se había convertido en un método científico. Copérnico o Galileo. Halit, aunque no empleó el método experimental propiamente dicho llevó a un desarrollo extraordinario la observación, el estudio de casos, la inducción en definitiva, fuente continua del saber médico antes y después de él, siendo así uno de los primeros empiristas. Sus aportaciones son extraordinarias. He aquí algunas de ellas, que

den ser los movimientos de la cabeza, el contacto ocular, los gestos de la cara, los cambios de postura, incluyendo el acercamiento o el distanciamiento o aspectos relacionados con el paralenguaje. Otra de las ventajas de la comunicación no verbal que el autor extrajo sobre todo de sus estudios con afásicos, es su opinión sobre su menor efecto esclavizante para los humanos, pues aunque éste puede ser utilizado con argucia para el engaño, la capacidad para ser usado con estos fines es infinitamente menor que las palabras, especialmente en hombres que, por norma, atienden y están entrenados en estas formas de comunicación. Igualmente, aunque las claves no verbales, como muchas palabras, pueden tener diferentes significados y podrían ser interpretados de formas distintas, estas posibilidades se reducen enormemente con el entrenamiento. Su obra recoge muchos ejemplos de posibles variados significados para ciertas expresiones, de los cuales, la gran mayoría quedan aclarados o reducidos a significados únicos o más simples cuando se atiende a determinadas manifestaciones corporales que acompañan a la clave no verbal principal, que él denominó "*gesto dominante*". Sus categorías genéricas de la comunicación no verbal no han sido modificadas, y permanecen como tales incluso en el momento en que escribo estas líneas, durante mucho tiempo, y por desconocimiento de su obra, se utilizaron otras más incompletas. Así él habla ya de la proxémica, la quinésica, la paralingüística, la tangiésica y el espacio. Respecto a la quinésica, en la que incluyó los gestos, las expresiones faciales y los movimientos de los ojos, identificó algunos de los músculos que intervenían de forma voluntaria e involuntaria en muchas de las expresiones faciales. Llegó

a describir hasta setecientas diferentes expresiones faciales (hoy solo hemos podido completarlas con trescientas más), relacionó muchas de ellas con emociones universales, distinguió algunas como comunes a todos los sujetos estudiados o innatas y otras aprendidas culturalmente (algo que fue atribuido pioneramente al naturalista Darwin el cual hace algo similar en su obra *The Expression of The Emotions in Man and Animals*, unos 770 años después). Diferenció las principales emociones: felicidad, tristeza, sorpresa, miedo, ira y disgusto y detalló aspectos como el que existiesen determinadas personas en las que se daba la posibilidad de combinar mediante expresiones faciales dos o más emociones. Llegó a catalogar distintos estilos de expresiones del rostro que daban lugar a arquetipos humanos, así habló de *los ocultadores*, cuya característica era que sus rostros rara vez mostraban lo que sentían, *los reveladores*, que, por el contrario, expresaban sus sentimientos fácilmente, *los expresivos inocentes*, para los que la revelación facial de sus emociones a los que les rodeaban se hacía sin que ellos se percatasen, *los expresivos frustrados*, en los que incluyó aquellos individuos que pensaban que expresaban un sentimiento o emoción concreto pero que en realidad sus rostros eran neutrales, *los incongruentes*, y estos eran los más curiosos por su rareza, los cuales no eran conscientes que sus rostros hablasen de manera diferente a como ellos realmente sentían y *los siempre expresadores*, cuyas caras manifestaban constantemente una emoción particular. Con estas agudas distinciones Ibn Halut delincó estilos faciales de expresiones con sutiles diferencias, pero lejos de aumentar la confusión, sus observaciones apuntaron algo que ahora sabemos con seguridad: que la ex-

presión facial es una fuente de información extraordinariamente segura que con fáciles entrenamientos puede ayudar a las personas a entenderse con más facilidad que las propias palabras. Prestó especial atención a la mirada, él mismo cultivó el embellecimiento y el adorno de los ojos para conseguir su resalte por encima de otras estructuras faciales en el ámbito, estrechamente ligado con éste, de lo ornamental y la moda y desde luego de la relación e interacción social. Especialmente interesantes son sus apuntes sobre el papel de la mirada en la sincronización de la conversación y en la expresión de forma especialmente relevante de algunos sentimientos del tipo de la afiliación, la intimidad y la sexualidad, entre otros. Se percató de que eran las mujeres las que hacían un uso de la mirada mayor que los hombres y que esto incidía directamente en su capacidad para captar los detalles de una manera más exacta que los varones. Incluso, en lo que representa una de las primeras muestras estadísticas, aporta mediciones de ojos femeninos y masculinos "demostrando" como en aquellas este órgano es mayor, lo que resaltaba para él la importancia que tiene la mirada para la interacción social especialmente en mujeres. Estas observaciones entre sexos le llevó a hacer algunas generalizaciones como la de que el sexo femenino es más preciso a la hora de decodificar claves no verbales a la vez que puntualizó la falta de relación entre esto y el concepto de inteligencia abstracta, intuyendo ya su papel como soporte anatómico para un mayor desarrollo de otro tipo de inteligencia que él denomina "inteligencia para la relación". Halut dedicó también su atención a la forma en que los humanos utilizan e interpretan el espacio, relacionó la territo-

rialidad con aspectos relacionales como el sentimiento de respeto, la sensación del control y la de individualidad. Describió diferentes áreas de distancias en el ámbito de la interacción social, que eran aplicables a los sujetos de los distintos pueblos y costumbres que observó. Así, distingue gradaciones y habla de la *distancia íntima* que se desarrolla "en el espacio que permite comprender los susurros y en el que las personas admiten y ofrecen tocamientos", la *personal* "que tiene lugar en un espacio no mayor ni menor a una brazada" y es donde suceden las conversaciones con familiares y amigos íntimos y donde el volumen de voz es moderado y el tono suave, la *social* o la "que define la formalidad de la corte y el magisterio", entre otras y la *pública* como "la que mantienen los sacerdotes y los imanes en sus prédicas, los mercaderes en sus ofrecimientos o los generales en sus arengas". Los apuntes sobre los sonidos que acompañan a la comunicación verbal y su papel en la interpretación de los mensajes que éstos transmiten son también de extraordinaria perspicacia, sirva como muestra el siguiente extracto: "El tono, la intensidad, la velocidad, la monotonía o la vivacidad con que se transmiten las palabras -escribe- tienen un gran impacto en la percepción de los sentimientos y explican una gran parte del efecto de los mensajes, bastante más que las propias palabras. He observado que algunas tribus del Cáucaso transmiten mensajes mediante sonidos sin palabras, en éstos los caracteres que he apuntado adquieren una diversidad tal que permiten al interlocutor saber si se trata de un mensaje de cariño, una sugerencia, una petición, una súplica, una orden, etc, así como valorar el grado de interés y de importancia del mismo. Lo curioso es que estos pueblos conocen modos verbales complejos que han ido progresivamente abandonando".

He aquí algunas de las aportaciones del gran Ibn-Halut de Córdoba el cual ha entrado ya en la hagiografía del nuevo orden. Lo que durante centurias, la tutela de la iglesia cristiana mantuvo oculto para la humanidad, sin duda con la complicidad del islam y el judaísmo es hoy patrimonio de todos los hombres. Durante muchos años se censuró su obra y con ella la vindicación de lo no verbal en la medicina, la filosofía, la sociología, las costumbres y las artes. Esta censura no vino, una vez más, de Dios, Yahvé o Alá, como de los que durante mucho tiempo dijeron hablar en su nombre. Obraron así porque para éstos su mensaje fue seguramente considerado rudimentario, tal vez equívoco, ofensivo y nocivo, quizás demasiado claro y sincero, es posible que vieran en él una amenaza peligrosa para "la verdad" que basada en las escrituras decían representar, o simplemente porque nunca pudieron llegar a admitir que todo hubiese sido obra de una mujer: **Ibn Halut** o **Aveluz de Córdoba** la mujer que regaló a la humanidad el valor de los gestos y que para ello, para vivir y para crear, tuvo que ocultar su más hermosa espontaneidad.

En Córdoba, ciudad luz
Año de...⁸
Heribertus Ben Salem⁹, dixit

⁸ Aparece borrado en el manuscrito original. (N del E)

⁹ Casi con toda seguridad se trata de un pseudónimo. (N del E)

El Canto de la Cigarra

Juan José Giménez Ruiz